

16 de noviembre 1964

Mercedes, amada mía:

Al escribirte, experimento la misma sensación que me invadía cuando, en otros tiempos, componía literatura; quiero decir una sensación de responsabilidad. Tanto en el pensamiento, como en el estilo, la composición y la trabazón de los juicios y opiniones, me siento obligado a ser profundo, verdadero y nuevo. De tal forma me determinas, existiendo como mi testigo. Porque tengo miedo de hablarte y dirigirme a ti, así de vacío como ahora estoy, y seco, retraso inconscientemente mis cartas. No tengo noticia que darte de mí; nada me sucede; no hay vida. Si me crees con muchas ganancias de dinero, sabe que las pago doble: con el trabajo y con la vaciedad.

En tu carta dices que te repugnaba mi antigua pobreza. A mí me repugna más esta riqueza actual, porque está pagada con mi viejo espíritu y mis viejas ilusiones, nacidas en la propia adolescencia.

Tienes razón cuando afirmas que me observas con asco; yo también siento asco de contemplarme, tal y como soy actualmente. No puedo vivir satisfecho, y aunque tú sospeches de la existencia mía, siempre viviré soñando el pasado. ¿Dónde está ahora el pensamiento? ¿Dónde la emoción? ¿Dónde cuanto he querido con toda voluntad? Dentro de una hora tomaré un tren hacia Murcia, y sufriré pensando en estas cosas. Me preguntaré constantemente: ¿Habré hecho en mi vida alguna cosa bien?

Quiero estar en Madrid cuando hayas de parir. He reservado cierto dinero para esta ocasión, porque habrás de necesitarlo. Sería dolorosísimo para mí que no me avisaras con tiempo de este suceso. Recuerda que yo te avisé cuando me operé de apendicitis. Siempre que me creía enfermo, o tuve miedos, te avisé y te busqué. Tú no podrás dejarme al margen de tu parto; resultaría cruelísimo. Se trata del suceso que hoy está constantemente en mi imaginación. Nada quiero decirte de cuanto ha sucedido a tu marido. Si no fuera porque tú sufres económicamente estas cosas, yo diría que se trata de cosas que suceden normalmente a los políticos. Esa clase de vida y sus riesgos ha sido elegida por tu marido, y en el fondo de esa elección hay grandeza. A un hombre como R., por ejemplo, nunca podrán pasarle esas cosas.

Peor que la existencia de tu marido, es la de R., con sus mezquindades, o la mía, con sus enajenaciones y miedos.

Mil besos, amada mía, gentil Mercedes, pequeña.

Miguel